

DONDE LA NOVELA JUSTIFICA SU TITULO.

CAPÍTULO VII.

DONDE LA NOVELA JUSTIFICA SU TITULO. En este punto de la novela se manifiesta que el autor ha querido dar a conocer que la novela es una obra de arte, y que el autor ha querido dar a conocer que la novela es una obra de arte. En este punto de la novela se manifiesta que el autor ha querido dar a conocer que la novela es una obra de arte, y que el autor ha querido dar a conocer que la novela es una obra de arte.

Caminóse al principio tan rápidamente como lo permitian las fuerzas del viejo rucio, rehechas por una noche de establo, y el estado del camino cubierto con la nieve caída la víspera.

Los campesinos maltratados por Sigognac y el Tirano podían volver á la carga, y se trataba de poner entre ellos y la carreta un espacio suficiente para evitar persecuciones.

Recorriéronse en silencio dos largas leguas, pues el triste fin de Matamoros añadía fúnebres ideas á la melancolía de la situación. Cada uno pensaba que al mejor día podría ser de la misma suerte enterrado en el linde del camino, entre las carroñas, y abandonado á las profanaciones fanáticas.

Aquella carreta prosiguiendo su viaje simbolizaba la vida, que avanza siempre sin inquietarse de los que no pueden seguir y quedan moribundos ó muertos en las zanjas. Solamente el símbolo hacía más visible la significación oculta, y Blazius, que tenía comezon de hablar, se puso á hacer refle-

xiones morales sobre este tema, con abundancia de citas, apotegmas y notas que su papel de Pedante le suministraba á la memoria.

El Tirano le escuchaba sin despegar los labios y con rostro enfurruñado. Sus ideas seguian muy diferente curso, y Blazius, comprendiéndolo así al ver el distraido semblante de su camarada, le preguntó qué pensaba.

—Pienso,—respondió el Tirano,—en Milo de Crotona que mató un buey de un puñetazo y se lo comió en un solo día. Esta hazaña me place, y me siento capaz de renovarla.

—Por desgracia falta el buey,—exclamó el Intrigante tomando parte en la conversacion.

—Sí,—replicó el Tirano,—sólo tengo el puño... y el estómago. ¡Oh! felices los avestruces que se mantienen de guijarros, tiestos, botones, mangos de cuchillo, hebillas de cinturón y otras vituallas indigestas para los humanos. En este instante, tragaria todos los accesorios del teatro. Me parece que al abrir el hoyo del pobre Matamoros, he abierto otro en mí mismo tan ancho, largo y profundo que nada bastaria á llenarlo. Los antiguos lo entendian, que hacian seguir los funerales de comilonas abundantes en manjares y copiosas en vino para mayor gloria de los muertos y mejor salud de los vivos. De buena gana en este instante cumpliria ese rito filosófico muy apropósito para enjugar las lágrimas.

—En otras palabras,—dijo Blazius,—tú quisieras comer. Polifemo, ogro, tragaldabas, gloton, apártate de ahí que me disgustas.

—Y tú quisieras beber,—replicó el Tirano.—Arena, esponja, odre, embudo, barrica, cantimplora, pellejo de vino, huye de mí, me das lástima.

—A la mesa ¡cuán dulce seria una fusion de los dos principios!—dijo el Intrigante con acento conciliador.—Hé ahí cerca del camino un soto maravillosamente á propósito para un alto. Podríamos dirigir á él la carreta, y si en ella quedan algunas provisiones de boca, almorzar al abrigo del cierzo,

detrás de esa mampara natural. Este alto dará al caballo tiempo para reponerse de la fatiga y nos permitirá conversar, mientras roemos nuestros escamochos, sobre lo que conviene resolver para el porvenir de la compañía, que me parece endemoniadamente preñado de nubes.

—Hablas de perlas, amigo Intrigante,—dijo el Pedante,—y vamos á exhumar de las entrañas de la alforja ¡ay! más aplastada y deshinchada que bolsa de pródigo, algunas sobras, restos de la esplendidez de otros días: paredes de pastel, huesos de jamon, peladuras de salchicha y costras de pan. Hay todavía en el cofre dos ó tres botellas de vino, últimas de una intrépida compañía. Con esto si no matar, se puede al ménos engañar el hambre y la sed. ¡Qué desgracia que la tierra de esta inhospitalaria comarca no sea como la arcilla de que ciertos salvages de América se llenan el buche cuando han sido desgraciadas la caza y la pesca!

Introdujose la carreta en la espesura, y el caballo, desenganchado, se puso á buscar debajo de la nieve algunas raras briznas de yerba que arrancaba con sus largos y amarillos dientes. Sobre el suelo, en sitio despejado, extendióse un tapiz, al rededor del cual se sentaron á la moda turca los cómicos, y Blazius colocó simétricamente sobre aquel mantel improvisado las sobras sacadas de la carreta con la misma pompa que si se hubiese tratado de un festin en toda regla.

—¡Oh! magníficamente dispuesto,—dijo el Tirano entusiasmado al aspecto de la campestre mesa.—Un mayordomo de príncipe no lo hubiera hecho mejor. Blazius, aunque seas un pedante de primer orden, tu verdadera vocacion era la de oficial de boca.

—No es que no haya yo alimentado esta ambicion, pero la adversa fortuna la ha contrariado,—contestó modestamente el Pedante.

Sobretudo, desbarrigados amigos míos, no os vayais á arrojar glotonamente sobre los manjares. Mascad con lentitud y compuncion. Yo voy á hacer las partes, como se practica

sobre las almadrías en los naufragios. Toma, Tirano, para tí este hueso de jamon del que pende todavía un pedazo de carne. Con tus fuertes dientes lo romperás y extraerás filosóficamente el tuétano. A vosotras, señoras, este fondo de pastel con una mano de relleno en sus rincones y cubierto interiormente de un lecho de manteca muy sustancial. Es un manjar delicado, sabroso y nutritivo como no hay otro. A vos, baron de Sigognac, este cabo de salchichon; tened cuidado tan sólo de no tragar el bramante que anuda la piel como los cordones de una bolsa. Es indispensable ponerlo en buena parte para la cena, pues la comida es cosa indigesta, abusiva y supérflua que suprimiremos. Leandro, el Intrigante y yo, nos contentaremos con este venerable pedazo de queso, barbudo cual eremita dentro de su caverna. Por lo que hace al pan, los que lo encuentren demasiado duro tendrán la facultad de mojarlo en el agua y retirar las támaras para cortarse mondadientes. Respecto del vino, todos teneis derecho á un vaso, y como despensero que soy os ruego que lo apureis hasta la última gota, á fin de que no se desperdicie líquido.

Largo tiempo hacia que Sigognac estaba acostumbrado á aquella frugalidad más que africana, y habia en su castillo hecho más de una comida en la que los ratones se habrian visto apurados para roer las migajas, pues él mismo hacia las veces de tal. Sin embargo no podia ménos de admirar el buen humor y la inventiva cómica del Pedante, que encontraba motivo de risa allí donde otros hubieran gemido como becerros y llorado como vacas. Lo que le inquietaba era Isabel. Marmórea palidez cubria las mejillas de la jóven, y, en el intervalo de uno á otro bocado, sus dientes daban unó contra otro cual castañuelas, con un movimiento febril que en vano trataba de reprimir. Su ligero traje la defendia malamente contra la aspereza del frio, y Sigognac, sentado cerca de ella, le echó, aunque Isabel se resistió, la mitad de su capa sobre los hombros, y la atrajo hácia sí para comunicarle un poco

de calor vital. Cerca de aquel hogar de amor, Isabel recobróse un tanto, y reapareció en su púdico semblante un ligero carmin.

Mientras los cómicos comian, oyeron estos un ruido singular por demás, al que en un principio no habian prestado ninguna atencion, tomándolo por efecto del viento que silbaba á través de las desnudas ramas del soto. Pronto el ruido se hizo más distinto. Era una especie de grito ronco y estridente, á la vez bestial y colérico, del que hubiera sido imposible explicar la naturaleza.

Las mujeres manifestaron algun espanto.

—Si es una serpiente, —exclamó Serafina, —voy á morir-me, tanta aversion me inspiran esas horribles bestias.

—En esta temperatura, —dijo Leandro, —las serpientes están entorpecidas y duermen más envaradas que palos en el fondo de sus madrigueras.

—Leandro tiene razon, —repuso el Pedante, —ese ruido debe de tener otro origen; alguna bestia habitante del bosque á la que espanta ó turba nuestra presencia. Mas por eso no perdamos dentellada.

Al oír aquel grito, el Intrigante habia aguzado su oído de zorra, que no porque estuviese encarnado de frio era ménos fino, y miró con ojo avisgado hácia el lado de donde partia el sonido. Algunas briznas de yerba crujian como bajo el paso de algun animal. El Intrigante hizo con la mano seña á los cómicos de que no se moviesen, y pronto de la espesura salió un magnífico ánsar, con el cuello tendido, alta la cabeza, y contoneándose con magestuosa estupidez sobre sus anchas patas. Dos ocas, sus esposas, le seguian confiadas.

—Hé ahí una pieza que camina por sus propios pasos hácia el asador, —dijo á media voz el Intrigante, —y que el cielo movido por los famélicos horrores que pasamos nos envia muy oportunamente.

El astuto cómico se levantó y apartóse de sus compañeros, describiendo un semicírculo con tanta ligereza, que la nieve